

LA CRISIS DE ARGENTINA: EL MODELO HEGEMONICO CUESTIONADO

Norma Sanchís

Marzo, 2002

¿Porqué se produce la bancarrota económica en Argentina acompañado por una crisis social e institucional de enormes proporciones? Indagar las raíces de la suspensión de pagos más grande de la historia, del colapso de una de las grandes economías de América Latina asentada en un país con enormes riquezas naturales y recursos humanos con altos niveles de calificación, permitiría sacar importantes lecciones para prevenir otros colapsos. Argentina hoy es un hito importante en el proceso de cuestionamiento del modelo neo-liberal hegemónico.

Con el objetivo de insertarse en la dinámica del contexto global, desde el inicio de los 90 y al igual que en la mayoría de países de América Latina, en Argentina comienzan a aplicarse políticas de ajuste estructural, como una receta indiscriminada, sin consideración de las particularidades locales, ni políticas compensatorias o preventivas de los remezones que esto significaría para la economía nacional.

Así, se buscó la estabilidad macroeconómica, se viabilizó la desregulación financiera y la liberalización comercial, se promovieron las privatizaciones de las empresas que estaban en manos del Estado, se buscó el ajuste del gasto público a costa de severos recortes, se dispusieron impuestos regresivos bajo el supuesto de que al no gravar diferencialmente a los más ricos se fomentaría el ahorro interno, se promovió la flexibilización laboral. Este modelo firmemente impulsado por el FMI y el Banco Mundial, garantizaría el crecimiento de algunos sectores, con posteriores efectos de derrame para el conjunto. Este supuesto pareció confirmarse en los inicios de la década para el conjunto de América Latina, pero las tasas no se sostuvieron. CEPAL redujo a menos del 1% la proyección de la tasa de crecimiento de la región para 2001. Tanto las exportaciones, como la inversión y el empleo se mantuvieron muy por debajo de las expectativas: el modelo comenzó a producir insatisfacción y malestar.

Para el caso de Argentina y alentado por el FMI, se agregó un ingrediente adicional: la convertibilidad cambiaria. En efecto, con el objetivo de frenar la hiperinflación de los últimos años de los 80, se fijó por ley la paridad uno a uno entre el peso y el dólar. Esta receta que fue exitosa en sus inicios, terminó constituyéndose en un corset de hierro, que puso freno a las pretensiones exportadoras y promovió la inundación del mercado interno de productos importados que arrasó la capacidad productiva nacional. El valor del dólar (al que estaba atado el peso argentino), se incrementó después de la crisis asiática. En tanto, Brasil, el principal socio comercial del Mercosur, devaluó su moneda, con lo que ambos países quedaron en situaciones asimétricas. Se debilitó aún más la competitividad argentina y la sobrevivencia misma de la integración regional quedó amenazada.

La desaceleración global del 2000/01, empeoró la situación de Argentina. Pese a sufrir más de un año previo de recesión, se fomentó una política fiscal restrictiva que acentuó la tendencia procíclica que hoy transita su cuarto año consecutivo. Los efectos negativos no tardaron en hacerse sentir, particularmente sobre las mujeres. Las quiebras sucesivas de empresas pequeñas y medianas (donde están en mayor proporción las mujeres), el traslado de las corporaciones a otras plazas con salarios depreciados en relación al dólar (como fue el caso de las industrias de la alimentación o el vestido, con mayoría de mano de obra femenina), llevó rápidamente a la caída del empleo, alcanzando hoy la

desocupación en los grandes centros urbanos al 23% y afectando en mayor proporción relativa a las mujeres.

Con una política despilfarradora y altamente corrupta, el endeudamiento externo se incrementó un 123% en la década de los noventa. La corrupción y la magnitud de la deuda dilapidó lo producido por la venta de las empresas del estado. El monto de la deuda representa casi el 50% del Producto Bruto Interno y con tasas de interés del 20%, hoy -sin default mediante- debería dedicarse casi el 10% del PIB para pagarla.

Otro de los errores cometidos en Argentina que fue muy alabado en su momento por los organismos internacionales en el supuesto de que esto garantizaría estabilidad, fue el pase a la propiedad extranjera del sistema bancario. Esto tuvo como efecto no deseado un debilitamiento en la financiación de las pequeñas y medianas empresas. El gobierno no previó ni facilitó mecanismos que permitieran superar las barreras para el acceso al crédito y el financiamiento de la producción nacional.

Las consecuencias de estas políticas han sido dramáticas y devastadoras.

Una investigación reciente, determinó que en el país se producen por año 99 millones de toneladas de alimentos (incluyendo granos, ganado, aves, hortalizas, frutas, peces) capaces de alimentar a una población casi diez veces más grande que la argentina. Sin embargo, hoy más de 5 millones de argentinos no consiguen ingerir una dieta imprescindible para sostener su salud y crecimiento y 15 millones se ubican por debajo de la línea de pobreza!

La reciente decisión de abandonar la convertibilidad para dejar fluctuar libremente el dólar (una de las condicionalidades más firmes del FMI para prestar una "ayuda" que se demora) promovió nuevamente un proceso inflacionario cuyos límites se desconocen y que hasta el momento llevó al peso a casi el tercio del valor que tenía. A medida que crece la inflación, aumenta la proporción de habitantes que caen por debajo de la línea de pobreza. Y dentro de ellos, hay un claro predominio de mujeres. En la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, 7 de cada 10 habitantes que se encuentran en el 20% con menores ingresos, son mujeres.

El motivo principal de esta sinrazón es la creciente inequidad en la distribución de los ingresos y la cuantiosa concentración de la riqueza que se inicia en 1976 como política del gobierno militar y se sostiene y acentúa como proceso por más de 25 años. Hace cuatro años, el 10% más rico de la población ganaba 19 veces más que el más pobre. En la actualidad, gana 34 veces más. Tomando nuevamente el caso de Buenos Aires, que es la concentración urbana más rica del país, puede observarse una agudísima concentración de ingresos. En efecto, el 10% más rico se queda con el 54,6% de los ingresos totales. En el otro extremo, el 50% de menores ingresos de la población, participan de un 8,7% del total de ingresos.

Otro efecto de la prolongada recesión es la profunda falta de confianza en la economía por parte de todos los actores que participan en ella. Pero la pérdida de confianza se extiende hoy a todo el sistema político. En un amplio espectro de los partidos políticos, en los sindicatos, en el sector privado, en las fuerzas armadas, (salvo honrosas excepciones), sus dirigentes han caído en un nivel de descrédito tal que prácticamente no pueden aparecer en lugares públicos bajo riesgo de ser abucheados o insultados por la gente. Pero más grave aún, la pérdida de confianza se extiende a las propias instituciones. La politóloga Margaret Levi, de la Universidad de Washington, en una visita reciente analizó que uno de los problemas más graves de Argentina no es tanto el desprestigio de sus dirigentes sino esta pérdida de confianza en las instituciones. Y considera imprescindible la construcción y el fortalecimiento de un sistema institucional, con bases sólidas, transparentes y participativas para volver a recuperar esa confianza.

Otra de las consecuencias del colapso fue la movilización popular y las protestas sociales que recorrieron el mundo a través de los medios de comunicación. Las protestas asumieron modalidades diferentes según el sector social. El reclamo de los sectores excluidos ("piqueteros") que se hizo cada vez más evidentes en los últimos años, se manifestó en el corte de carreteras y caminos principales, como una forma de convocar la atención del conjunto social. Por su parte, los sectores medios de los ámbitos urbanos que vieron perder sus ahorros a manos del sector financiero, se expresaron a través de los "cacerolazos". Ambos sectores ("caceroleros" y "piqueteros") comienzan a unirse en manifestaciones conjuntas. En la ciudad de Buenos Aires, los vecinos sesionan todas las semanas en asambleas barriales que discuten problemas de diverso orden y encararan acciones colectivas. Las mujeres tienen una presencia muy notoria en todas estas manifestaciones. Piden la palabra sin inhibiciones y participan de una manera más decidida que en otros ámbitos tradicionales, como los partidos políticos o los sindicatos.

El dramático estado de cosas requiere identificar responsabilidades. Por primera vez en la historia y a propósito de la crisis Argentina, la Cepal denuncia el papel preponderante que tuvo el FMI en el proceso de toma de decisiones que condujo al actual desenlace. Al respecto, el Secretario Ejecutivo de la Comisión recuerda que en la reunión anual del FMI de 1998, la política económica argentina fue presentada como "la mejor del mundo" .

También se plantea el papel que jugó la comunidad financiera internacional en la generación de las condiciones que finalmente se tradujeron en el colapso del régimen monetario y financiero del país.

Por otro lado, es insoslayable la responsabilidad de las autoridades nacionales en la toma de decisiones, por más condicionadas que estas estuvieran por los organismos internacionales. El economista Aldo Ferrer critica la forma en que el gobierno argentino, con aspiraciones de "mejor alumno" adhirió a las recetas neoliberales durante la década de los noventa, transformándose en un verdadero "fundamentalista del mercado".

También los sectores económicos más poderosos pusieron en evidencia su ambición extrema y su desinterés por un proyecto nacional de crecimiento. Se estima en más de 100 mil millones de dólares las fortunas de argentinos depositadas fuera del país, 20 mil de los cuales salieron en los últimos meses de 2001.

Finalmente, también hay una responsabilidad del conjunto de la sociedad civil, que ha puesto en evidencia una cultura de tolerancia a la corrupción y una indiferencia hacia el control, el pedido de rendición de cuentas y el accountability de la acción de sus gobernantes. Actitudes que hoy, a partir del sufrimiento y la frustración, parecen estar cambiando.